

SANTIAGO ARGUELLO

EL SUEÑO DE TEMISTOCLES

HOMENAJE DEL INSTITUTO NACIONAL DE PANAMA

AL EMINENTE POETA NICARAGÜENSE

DOCTOR SANTIAGO ARGÜELLO,

A SU PASO POR ESTA CIUDAD.

EL SUEÑO
DE
TEMISTOCLES

Poema inédito que recitó el poeta
en el Aula Máxima del Instituto
la noche del 30 de Septiembre de
1914. : : : : : : : : :

PANAMA

Imprenta Nacional

1914

A MANERA DE PREFACIO

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON GUILLERMO ANDREVE,
SECRETARIO DE INSTRUCCION PUBLICA.

AL PRESENTAR AL

POETA SANTIAGO ARGÜELLO.

«Señores: No es, en rigor, necesaria esta presentación de Santiago Argüello que ahora os hago con verdadero placer. Es simplemente una fórmula que la costumbre impone y a que la cortesía obliga, pero nada más, pues ventajosamente conocido es entre nosotros, del elemento intelectual, como en todos los países en que se habla el rico idioma de Calderón y de Cervantes, el armonioso poeta de la tierra de los lagos; el distinguido hijo de León, la ciudad vetusta que en las tierras prósperas y pujantes del Cacique Nicarao, fue y regó con su sangre el español Francisco Fernández de Córdoba, uno de los capitanes de Pedrarias, decapitado, como Balboa, por el segoviano de corazón duro y entrañas de tigre.

León, ciudad enorme, silenciosa y mística, adornada en visiones medievales, con sus diez y ocho iglesias y sus patriarcales costumbres, con sus hijos llenos de pasiones, de nobles anhelos y de fanatismos, propicia es para el

desarrollo de grandes actividades intelectuales, para incubación de visionarios y poetas, y para que en el espíritu se expanda y rompa su estrecha cárcel en brotes vigorosas, ya reuendores como en Máximo Jerez, el "León del Norte", liberal de alta escuela, con todos los errores, todas las audacias y todas las cualidades de los constructores de nacionalidades; ya excelsos como en Rubén Darío, el poeta de América, que ha sabido labrar su personalidad literaria, rara y magnífica, con joyetes de rica pedrería y con telas maravillosas, rabadas a paisajes mágicos de cuentos árabes; o ya diuinamente embriagadores como en Santiago Argüello, el que esta noche es huésped de honor de nuestro Instituto y al que sin temor de equivocarnos podemos llamar el primer poeta del istmo centro americano, y también uno de los pocos poetas verdaderos de nuestro continente indisciplinado y convulso.

Na os sorprendáis, señores, si os digo tal cosa. Permilidme esta franca declaración que es muy sincera desde luego. Creo que tenemos en América plétora de versificadores, de porta-liras, de troveros, y de cultivadores de la gaya ciencia, pero que son pocos los poetas que realizan obra de afienos, obra que les sobreviva a través de los siglos. Hoy día veo tan sólo cuatro en primera fila. Uno mora en el Viejo Mundo, olvidado de su gloria, casi sordo ya a los halagos de las musas; otro, inyectados los ojos y tintas las manos en sangre de hermanos, acompañó al tigre mexicano en sus criminales atenturas y de la aventura de su vida nada sabemos en estos precisos momentos; otro, desde la tejana cosmópolis del Sur, hace sonar su clarín con nervio y con brío, lanzando notas atrevidas y raras que se imponen a la tontería general de manera decisiva. El cuarto, está aquí con nosotros esta noche: es de lira armoniosa; gusta de los dáctilos sonoros, y se enorgullece de ser un gran lirio en una época en que tan pocos líricos se cuentan.

La obra realizada por este excelso poeta es fuerte y es brillante. Son varios ya los libros que ha dado a la publicidad, esparciendo, con gesto amable de sembrador de ideas, las semillas de su intelecto fértil y cultivado, por toda la extensión del enorme predio de origen hispánico.

por desgracia muy poco propicio para los cultivos espirituales.

Desde aquel primer volumen de rimas que escribió cuando mazo sañador y amante de quimeras intitulado "Primeras Ráfagas", hasta su reciente tomo de prosas escogidas, "Ritmo lírico", cuenta Argüello átez o doce volúmenes, ya de prosa intensa como las "Siluetas Literarias", el "Viaje al País de la Decadencia" y las "Lecciones de Literatura Española", ya de dramas realistas y de gran colorido como "Ocaso", o ya de poesías sonoras y sugestivas como "De Tierra Cálida", "Ojo y Alma", "La Vida en mí" y "El Poema de la Locura", mal comprendido éste, aplaudidas con entusiasmo aquéllas.

Esta labor no ha sido echada en olvido por la Fama, voráinglera incansable que al son de sus trompetas vibrantes ha hecho amable a las multitudes el nombre del poeta, después de haberte hecho admirar de toda la intelectual aristocracia. Y ella ha dicho, en su lengua secular y universal, que Argüello es un conquistador de voluntades, que ha impuesto su personalidad triunfalora, na a golpes de sable como nuestros soldadotes semi bárbaros con pujos de hombres de Estado y sed de sangre, sino con la seducción arrebatadora de sus adjetivos precisos y de sus consonantrs admirables; con la magia de sus frases bardadas en oro y con la armonía cautivadora de sus versos que tirnen todo el atractivo de una música lejána y dulcemente añorada.

Haec ya muchos años que conozco a Argüello y que me unen a él las tazos de una confraternidad intelectual que de poco tiempo a esta parte ha estrechado más el reconocimiento personal que hemos tenido el uno del otra. Tal vez esto pudiera hacer reer a alguno que mis palabras las dicta el cariño y que mis elogios son inmoderadas. Pero aseguro que no hay tal cosa, desde luego. Con un sentido de la verdadera justicia que nunca ciega, y que procuro hacer brillar como distintiva de todos mis actos, no sería capaz de aseverar sobre el amigo cosa que cierta no fuera respecto al poeta. Y como testigos de abano de lo que afirmo, están todos los que en Europa y

en América, en diversas ocasiones y con diferentes motivos, han hecho su elogio ante el cual resultó pálido lo que yo pueda decir; y aun quizás están también muchos de entre vosotros, que amantes de la literatura, habréis estudiado su obra cuidadosamente y la habréis juzgado en todo su valor intrínseco.

Hoy el poeta, de paso para su tierra, se acerca a nosotros para afrendarnos las primicias de un nuevo poema suyo, el "Sueño de Temístocles", que en breve vamos a escuchar de sus labios. El Instituto debe estar y está en efecto con tal motivo de plácemes y agradece al poeta, que es también el maestro, pues, Argüello ha dedicado a la enseñanza muchas años de su vida, la alta distinción que le concede en este momento con esa generosidad que es atributo de los seres superiores.

Concluiré, pues, para que él comience, porque os considero ansiosos de escucharlo; pero antes de hacerlo, dejadme deciros que en Argüello, a través del poeta divino que moja su pluma en las lucientes gotas de rocío que en las mañanas autumnales tiemblan tímidamente en el cáliz discreto de las violetas perfumadas, se muestra, como dijo un rotombiano que se ha hecho rélebre por sus libros llenos de apóstrofes y de aberraciones, el hombre trascendental, vigoroso brote de la tierra columbina y orgullo legítimo de la raza hispana; el hombre de energías, nervio y espíritu, que lleva en su cerebro una chispa divina y que con sus versos nos transporta a paraísos de ensueño con esa facultad, sólo a los poetas concedida, de hacer pensar y soñar a un mismo tiempo y de cantar el corazón y el cerebro de quienes los escuchan y de quienes los leen.»



DEDICATORIA

A los que sepan leer tras de las letras.

S. A.

PRIMERA PARTE

EL SUEÑO DE TEMISTOCLES

I

Noche de Salamina! Medita el firmamento;
y, a ratos, un relámpago la esfera calosfría:
tal un presentimiento
deslízase en el rostro de una melancolía.

La noche es catafalco prematuro. La sombra
desciende -gasa fúnebre- a la rugosa alfombra
de la mar. Allá arriba, prendieron sus crespones
los alfileres trémulos de las constelaciones.

* * *

¿Es lejano,
sobrehumano
rezongar? . . .
¿Eco vano
de elcusiano
funeral? . . .
¿El zambido
de un recóndito
escondido
colmenar? . . .

No: que, en ritmos
triturantes
de letárgicos Atlantes,
ronca el mar.

* * *

Temístocles duerme. Sobre su trirreme,
 como aletas muertas, los remos se enfilan.
 El trirreme es la cuna de acero,
 a ratos inmóvil, de sombra rendida,
 y que a ratos mecen, desde el mar adentro,
 con sus huecos brazos los Hecatonquiras.

El mar ronca fúnebre.
 Se siente que hierve su vasta garganta felina.

Arropadas en sombra, las galeras
 insinúan siluetas imprecisas;
 y, al rítmico vaivén del oleaje,
 en cada mástil una luz vacila.

Noche, fúnebre noche!
 ¡Prólogo sepulcral de Salamina! . . .

Reclinado en la popa del trirreme,
 Temístocles dormita.
 Súbito, como en templo nocturno,
 se abren las hojas del portal, sombrías,
 y en un hosco pavor, desgredañaduras
 y odios pasan de Górgonas y Erinias
 que huyendo los corceles de la Aurora
 en la sombras se abisman,
 por los arcos del templo de Temístocles
 pasó—tiniebla y luz—la pesadilla.

II

Y esto soñó Temístocles
 antes de Salamina:

* * *

Una tierra: tierra lúbrica,
 flanco de fecundidad,
 que, tendido al sol, aspira
 ambiente primaveral.
 Céfito eterno abanicla.
 La humbre cáucular
 cúbrele su cuerpo y vístela:
 y con un diáfano chal
 en la península esbelta
 le arrolla su blonda el mar.

* * *

Y cada vez con más relieve
se perfilaba la visión.
¡Era la tierra de lo Harmónico!...
¡El Atica era!... Entonces vió
el chal azul del Mar Egeo
que la Península ciñó
con flecos frágiles de espuma
como un inquieto cinturón.

Era una reina la Península
entre sus cien damas de honor,
sus islas verdes, sus sirenas,
que, bajo cálido sopor,
sobre la hamaca azul de la onda
están durmiendo ebrias de sal.

Y allá la Acrópolis y el sacro
llano de Atenas, y el fulgor
de aquel Pentélico, que flanco
de mármol es, flanco de Dios!...
Y aquél divino Himeto, dulce
de abeja y miel, dulce de son
de pino y céfiro, y de aroma
de la resina y de la flor!...

*
*
*

Cada bosqueje desgrana
el collar de una armonía.
Se diría
que es un plectro la mañana,
que en los bosquejes desgrana,
el collar de una armonía.

En almohada de rosas
está un egipán dormido.
Vuelan sobre él mariposas
que van diciendo al oído,
que en almohada de rosas
está un egipán dormido.

Su caramillo, al caer,
miel de ritmos en las flores
riega. Bajad, rai señores,
tal fuente rota a beber!...

Que el caramillo ¡oh cantores!
ha derramado al caer
miel de ritmos en las flores!

* * *

Y era un hilo
la armonía...

Y era un hilo
que de la caña yacente, como un arroyo, fluía...

Y las aves
van bajando:
unas lentas, mudas, graves;
otras la nébula opaca a filo de ala rasgado.
Otras bajan al desgaire,
sommolentas, deslizándose en el aire.
Ya se apartan, ya se acoplan,
como pétalos caídos
cuando los céfiros soplan
en las rosas de los nidos.

Y los picos se hunden
en la rítmica fuente.
Luego los cuerpos se hunden,
para mojar las plumas en la corriente.

Y los picos de coral,
como en polieromo estuche,
van recogiendo en el buche
los ritmos del manantial.

Y en las plumas
las espumas
de colores
se matizan como flores,
en cromáticas escalas,
como si el riego de un iris les floreciera en las alas.

El peán del triunfo cantan,
y en bandadas se levantan,
ebrias de olímpico anhelo,
y van regando en los aires
la melodía del vuelo.

Y era un hilo
la armonía...

Y era un hilo
que de la caña yacente, como un arroyo, fluía...

*
**

Con lentitud de tentaciones
iban doblándose las frontas,
para bañar sus floraciones
en el esmalte de las ondas.

La gota lírica se estanca
en cada cáliz que la aloja;
y es el clavel la nota roja,
como el lirio es la nota blanca.

Nota la clavellina,
nota el clavel.
Y, bajo el dedo armónico de la luz matutina,
van tejiendo las notas en su esencia divina
la melodía del vergel.

Y era un hilo
la armonía...

Y era un hilo
que de la caña yacente, como un arroyo, fluía...

*
**

Y llegó la Forma,
y llegó la Idea,
y llegó la Dicha,
y llegó el Dolor,
y todo fue como una
infinita canción:
Alma,
Carne,
Fuerza,
Amor!

*
**

Y era un hilo
la armonía...

De las noches en los túneles se hundía
la corriente;
y surgía...
y surgía
nuevamente
bajo la gloria del día!

Un hilo que en su viaje
llegó lento y eterno hasta la abrupta
región en donde moran la Fuerza y el Coraje.
A la región en donde ostenta Roma
labio que manda y puño que desploma.

A la región del Aguila,
del Aguila salvaje
que en sus Siete Colinas, eternamente inquieta,
es zarpa y es plumaje:
ala que envuelve y garra que sujeta.

Tiene hiceps de púgil, ojo de visionario,
toga de Juez, birrete de Codificador,
casaca de legionario,
testa de Emperador.

Hace temblar el orbe, de su aletazo el eco;
viola del mundo el cáliz en su inextinto ardor;
y echa a sus pies el pétalo polucionado y seco:
tal un insecto harfalo con una amable flor.

Y se bañó en la linfa
la fiera del instinto. Y en sus ancas
hubo curvas armónicas de ninfa
en una insinuación de carnes blancas.

Y el Aguila bajó. Su corvo pico,
de hambre afilado y de codicias rico,
tenía sed. Y se inclinó la Audacia.
Y en la piedad serena de la Gracia
que de remotos climas descendía,
hundió su-pico, y se lavó la sangre
en el agua lastral de la Harmonía!

Y el hilo
de la armonía
que de la caña yacente, como un arroyo fluía,
regó sobre el estanque mariposas;
plantó un airón de rosas
en los bronce estériles del casco;
puso un fulgor de lágrimas en la vista;
hizo trocarse en cúpula el peñasco,
y embridó el palafrén de la Conquista.

*
*
*

Y prosiguió su viaje la Harmonía...

Y llegó a las regiones de la nébula fría
en donde el bruto rubio de los ojos azules
—tal la fiera sus zarpas—sus herrumbres afila;
y en donde, bajo la hosca montaña de abedules,
su vientre refocila.

Y aun más lejos, en donde los humanos
hijos del mar, hermanos
de cierzos y tifones,
duermen en la onda y tienen escamas en las manos,
salada piel de focas y hambre de tiburones;

en donde Dios predica: "Mata o perece!";
en donde el alma es odio, y el diente alevé;
donde florece
sus claveles la sangre sobre la nieve.

Fueron bañándose todos en la corriente viajera;
y floreció el riseo helado, como en una primavera.

Y el bruto sanguinario de los ojos azules
y las fieras entrañas
melificó sus cañas,
y sonó la siringa bajo los abedules.

Y aquel que al viento se estremece
cuando cabalga en su piragua
que, en salto elástico, parece
un potro de agua,

en una exploración de amaneceres
hendió con la pupila el horizonte;
se transbordó a la concha de Citeres,
y se vistió de rosas de Amatonte.

Y era un hilo
la Harmonía,
que de la caña yacente,
como un arroyo fluía. . .



Del lado del Levante
surgió una nube parda.
Una nube de polvo
que se acercaba
como un lejano incendio desteñido;
nube de torbellino, ebria de zarabanda;
una nube que el viento retorecía,
como si fuera un lienzo que se lava.

Y cada vez más cerca se veía
la nube, la posesa, con su túnica a rastras;
y los espíritus del elemento
cada vez con más ímpetu giraban.

Del fondo de la nube
—salto de fiera en jaula—
brincó el toro. Un toro horrible
de faz humana:
un toro de pupila
incendiada;
de bello gordo
en que va desflecándose la baba.
Y en los cuernos
enredada,
mitra de seda y oro
como en la sien de un sátrapa:

Tensos los remos,
párase a ver, y clava
por todo rumbo el dardo rojo
de sus pupilas incendiadas.

El bello glutinoso
arremanga;
alza el hocico;
y brama.

Y de su vientre,
por las fauces abiertas, como lava
de cráter que erupciona,
surgen las ondas de la bestia humana.

Milagro que espeluzna!
Es como una cascada
incoercible de hombres
por las fauces de un monstruo que brama!

Medas y persas
los primeros saltan
con su cuchillo al cinto
su carcaj a la espalda;
en las sienes
la tiara
de piel; y con la lumbre
del sol, que en las corazas
se estrella y se hace añicos
sobre el terso metal de las escamas.

Luego los caspios
prehistóricos, que andan
mostrando el nudo ciego de sus musculaturas
bajo de sus pellizas de piel de cabra.

Y en seguida los líbicos
que espantan,
como en un desenfreno
de fantasmas
de Furias
desbandadas,
llevando en sus cabezas, ceñidas,
cabezas de caballos, que arrancaran
de bestias
desolladas
cuyas crines
van en negras banderas deshiladas
cubriendo
las espaldas.

Y los cálibes
que enhestaban
con orgullo de toro
sus astas
postizas, y que andaban,
como en ríos de sangre, entre la púrpura
de sus soberbias calzas.

Y después los etíopes, de carnes
tatuadas
y envueltos en pieles de pantéras.

Y con largás
puntas, el miciano que enhiesta
su rejo; y el indio epiceno, de faldás
y arco fino de bambú; los tracios
con brodoquí de ciervo y con casaca
de zorro; los asirios,
casco de bronce y lanzas
de fierro; y los esbeltos
árabes, con capa
de pliegue airoso, sujeta
por ceñidor de filigrana.

Y doríferos,
con jabalinas ávidas
de laceraciones
y de llagas;
y sagitarios, en quienes son la flecha
y la mirada
dos radios
que en un centro se clavan;
y jinetes adheridos
a desbocados palafrenes de Bactriana:
partos, escitas, frigios,
de cabelleras desgreñadas
y bocas ululantes
y cerdas rojas de alimaña.

Y el toro horrendo
el suelo rasca:

y, doblado el testuz y el cuerno en ristre
se acerca hacia
la divina fuente armónica
y clara
que el hilo melodioso
destila de la caña.

Y de sus fauces, eternamente,
sigue surgiendo la onda humana.

Y en medio del tropel sangriento,
donde hay ecos que ladran
y medrosos maullidos
y rugientes lujurias que asaltan
y voces de hambres y de ferocidades
y estertores y ansias,
el jefe! . . . Sobre su cuadriga
de corceles que resoplan, en aspiración de llamas,
el hijo de la Lluvia de Oro,
que lleva entre sus cuencas la pupila encarnada
del Dragón, desde su carro sirio
señala
—gesto de cazador a la trailla— .
con el dedo la fuente melodiosa y clara.

* * *

Castidades de lirio
que deshojan los vientres de pico y ala!

Diafanidad de albos cristales
que el vaho empaña!

Ascéticos ayunos,
que la gula tienta y enturbia!

Castas
doncelleces, que el filo
del impudor desangra!

Caridades de nieve,
que el odio trueca en llamas!

Albescencias y lumbres,
vosotras sí sabéis de sombra y mancha! . . .

¡Pobre de la blancura
cuando el pantano quiere que deje de ser blanca!

¡Pobre del alba tímida
cuando el nublado anhela la violación del alba!

¡Pobre de la Harmonía
cuando el trópel avanza!...

* *

Y es entonces
—milagrosa con sus lumbres, milagrosa con sus bronces—
cuando de una celda ignota

brota
la serena, la radiosa, la alba, fuerte, pura Dea,
en su cuadriga de alas:

¡Madre Palas
Atenea!...

Lleva sobre el sexo virgen el chitón dórico y breve;
y la pureza en su frente como en pañales de nieve.

Rostro de amor y de espanto! En el disco azul del ojo
guarda el éter: muerte y vida, sombra y sol, rayo y ceniza;
y detrás del arco rojo
de enigmática sonrisa,
lleva oculto el dardo agudo de su enojo.

Su gesto alienta o restringe.
Sobre la estrella riente pasa la nube severa.
Va sobre el casco la esfinge,
y, bajo el ala del casco, tendida la cabellera.

Entre una sutil neblina, ciérgnese en el aire; y cuando
pasan los vientos girando,
la égida se ve en la bruma
bajo su mano temblando
como un velamen de espuma.

* *

Y dijo la Divina:
"Llegó la hora!... Que el ave
su canora garganta torne en clarín, y clave
su canto áspides líricos sobre la hosca alimaña,
y el dardo elefantino ale su pico en la entraña!

La espina es adorable, por la flor; mas la fina
rosa frágil muriera, sin su guardián: la espina.
Floreced con la gracia, y amparad con la fuerza!
Que la espiga las líneas de su esbeltez no tuerza,
y horaden sus raigones el vientre del ribazo!
Que el ala, que es arrullo, también sea aletazo!

¡Pues vosotros, los hijos del Egipán, que en tropas
joviales, por sagradas colinas, y en copas
de caña y cera virgen; apuráis la ambrosía;
¡los mil ritmos eternos de la Eterna Harmonía!...

Vosotros, que en la piedra labráis vuestras deidades,
para hacer en la piedra nidos de Eternidades!

Vosotros, que con liras domesticáis leones,
y que sabéis del alma de las constelaciones!

Que vibráis a la lumbré del Infinito Día
en los radios del Círculo de la Eterna Harmonía!...

Sabedlo! El Toro es hambre! Ese vientre está pleno
de pecado y de muerte: yerro y odio, veneno
de las evoluciones!... El asta oscura en ríña
con el sarniento ubérrimo de la Celeste Viña!...

Sabed que allá donde Hermes prendió sus milenarios
secreos a la sombra de los viejos santuarios;
en donde lento pasa de Eterna Vida el hilo
en las germinaciones recónditas del Nilo;
allá donde es el Verbo fertilidad del cieno,
luz de las cuencas ávidas, fulguración del trueno;
allá donde el Dios Único surge en las torrenceras
de fuegas, paralíticas, lejanas cordilleras,
allá estuvo la planta de Cambises, el carro,
pleno de Satrapías y de ídolos de barro
y de lujurias y hambres. Allá se regó el oro
de las colicias; y, entre lo sacro, mugió el Toro!

Y los templos cayendo bajo el casco! La hoguera
devora sabias fojas de Códices. La fiera
resopla; el bello aparta; y, al respirar nefario,
las lámparas del símbolo mueren en el santuario.
Y se ve la blancura del guñapo divino:
desgarrada en los cuernos la castidad del lino!...

Y por los valles hondos, y por las torrenteras,
y por las paralíticas, lejanas cordilleras,
pasó la onda salvaje de la barbarie errante! . . .

Griegos, ya viene el Toro! Yo os lo aviso! Adelante! . . .

III

Y despertó Temístocles. Y el sueño
pasó otra vez en el recuerdo. El mito
se bañó de fulgores; y del héroe
ante los ojos íntimos,
para mostrar su cáliz enigmático,
se abrió la rosa mística del símbolo.





SEGUNDA PARTE

PARTE SEGUNDA

IV

Era el misterio de la aurora.
La noche se sutilizaba
en un deshilamiento de penumbras La hora
en que Helios surge del abismo. Temblaba
en el Levante
la otra corteza de la sombra gigante
bajo la herida sideral; la herida
por donde—tal en un diáfano asomo—
tierna la luz se adivinaba, como
una fragilidad recién nacida.

La moribunda estrella
palidecía. Y era la palidez de una doncella
lejana
que lenta, lentamente,
sumérgese entre espuma sutil de nieve y grana,
y que envuelve su faz languideciente
en la diáfana luz de la mañana.

*
* *

Al costado de las naves, blandamente,
dan letárgicas las olas como el eco de un suspiro quedo y largo;
como el eco del suspiro de un recóndito letargo;
como el eco de sollozos de nostálgicos cautivos,
al golpear el reino inmóvil
con la comba de sus senos fugitivos.

*
* *

Pasa un pájaro isleño.
 En el ambiente matinal resbala
 con perezosa lentitud: el ala
 tiene sueño.

* * *

Cuando la aguja de oro
 en el reloj del cielo
 señala el alba, al son del ritornelo
 de las rítmicas ondas, surge un coro
 —tal un grito de olímpicas refriegas—
 que sacude sus alas encendidas
 al despertar entre las naves griegas
 como bandada de águilas dormidas.

Peán de gloria,
 que es en cada garganta
 como el himno futuro de una futura historia.

Y canta

“Vamos, hijos del griego! La fe nos guía!
 Oíd! La Patria grita: ¡salvadme!... El grito
 que, al lanzar angustiada la Patria un día,
 repercute en las ondas del Infinito!

“Vamos, hijos del griego! Valor! Tenemos
 filo y ánimo, lira, templo y emporio!
 Y, si hierros nos faltan y arcos, podemos
 ¡hijos de los Briareos y Polifemos!
 arrancar los peñascos del Promontorio!...

“Salvad vuestros tesoros! El solitario
 templo y la casa blanca del Himeneo.
 Con los tesoros místicos del Santuario,
 los tesoros del alma del gineceo!

“Vamos, hijos del griego! Lumbre y coraje!
 Sed Faetontes que pasan, al son del coro,
 triturando las sombras con su rodaje
 y rayando tinieblas con fusta de oro!

“Surcan viejos exámetros el abismo,
y os azotan con alas de libertad.
Embriagados del naxos del heroísmo,
vais a pedirle al paros la eternidad!...

“Vamos, hijos del griego! La fe nos guía!...
Oíd! La Patria grita: ¡Salvadme!... El grito
que, al lanzar angustiada la Patria un día,
repercute en las ondas del Infinito!”

*
*
*

Y las voces cantaban
temblando. No tembiaban
de miedo: era el temblor de una armonía
jubilosa, como un pájaro trémulo
que echa al amanecer su melodía
entre los pliegues diáfanos de un tul,
estremecida por la luz del día
bajo la inmensa libertad azul.

Y la música blanda
va esparciendo en sus ritmos los pavores:
un rugido en un suave son discreto;
una armonía con puñal al cinto;
un melífluo panal de miel de Himeto
con ardores de vino de Corinto.

Y la música blanda
va esparciendo en sus ritmos los pavores;
y ora arrulla, ora manda:
alma de águilas en voz de risueños.

*
*
*

Las mil doscientas naves
de Jerjes, en acecho,
tiemblan de horror ante las notas graves.
Hay nevadas de sangre en cada pecho.
Se entumescen los labios, y el espanto
paraliza las lenguas en las bocas
al duplicar las músicas del canto
la ciclópea bocina de las rocas.

Y sobre el son mortífero del coro,
y sobre el ritmo idílico de la ola,
se oye del remo el chapotear sonoro
qué un rayo de oro
besa y aureola.

Los hurras se ahren como rojas flores;
el espanto cabalga en los tambores;
centuplicase el eco en los confines;
y enhiestan en los bélicos ardores
sus airones de fuego los clarines.

*
* *

Las mil doscientas naves
de Jerjes, en acecho,
se agazapan como aves
de rapiña, detrás de cada estrecho.

Y los griegos bajeles,
ágiles como pájaros, gaminan
en los inquietos rieles
de la luz, que las ondas acarminan
en un deshojamiento de claveles.

Corran el mar los remos, presurosas
alas de mariposas,
que dejan tras el velo de las brumas,
en las saladas ondas temblorosas
una fugaz desfloración de espumas.

*
* *

Y sigue el coro:

“Vamos, hijos del griego!...

Y los ecos repítense en los confines,
en la quietud gloriosa del alba. Y luego...
el combate que estalla, bajo el airón de fuego
de los clarines!...

V

Su trirreme lanza Aminias!
Y, al primer espolonazo, con furor hiende la tosca
tablazón de una galera de Fenicia. Ya chispean
los aceros de las proras;
y en un loco pandemonium,
cruje un mástil; una borda
se hace añicos;
una plancha vibra en otra
su metal como dos címbalos
que en las furias del combate su rabioso timbre tocan;
un cordaje se revienta;
salta un casco y se desfonda;
y aparejos que se rompen,
y un velamen que se afloja,
y guñapos de banderas
que los céfros tremolan.

**

Las pesadas naves persas
en la angustia del estrecho no maniobran;
y en la angustia del estrecho
se entrechocan.
Y los remos de las unas
se confunden y se enredan en los remos de las otras;
y se aprietan y se estrujan,
como mil potros perdidos en garganta estrecha y honda;
y ya una proa cabalga
en las ancas de una popa,
o ya vacila un costado
bajo el puñzón de otra proa.
Y en la angustia del estrecho,
al romper puertas de escape, como loca
muchedumbre en los espantos de un incendio,
bajo las rabias del pánico y de la insania hecatómbica,
con sus mismos espolones
degollábase la flota.

Y los griegos y eginetes
 —banda de aves que picotan
 en los ojos de un cetáceo encadenado—
 corren, ágiles, acosan,
 hieren,
 cortan,
 rasgan,
 tronchan;
 mientras se mece un cadáver
 en cada ola,
 y en las turbias aguas
 flotan
 astillas de mástil, cuerdas,
 hilas de flámulas rotas,
 y aparejos desgarrados
 y velas en sangre rojas.

* * *

La hecatombe! . . .

Dadaces, cuya voz ronca
 —frente a mil hombres sumisos
 que ante él sus cuerpos encorvan—
 hace temblar livideces y estremecer corazones,
 zarpa en puño, rayo en ojo y trueno en boca,
 sobre el puente de un navío
 maldice, increpa y azota.

Súbito, el arpón violento
 de una proa
 su acero clava en el vientre
 de la nave, y de una en otra,
 en un hosco asalto,
 abordan.

¿Habéis visto caer sobre una caravana,
 con furores lacerantes, la antropofagia de una horda? . . .
 ¿Y habéis visto,
 con el temblor en las carnes y el estrabismo en las órbitas,
 una jaula de leones y de panteras de Libia
 que, arrancando hierros, echan su hambre torva
 sobre el miedo de los hombres? . . .

Tal abordan.

Y la sangre
estría el puente; las corvas
puntas desgarran; los brazos
con el nudo corredizo de sus músculos ahogan;
y de las lujurias de la zaña, préndense
rosas escarlatas en las caras foscas;
y las panteras del odio
sobre lamentos retozan,
y con los dientes trituran
y con las uñas perforan.

Y Dadaces
que con ronca
voz alienta a sus mil hombres,
zarpa en puño, rayo en ojo y trueno en boca,
siente el golpe de una lanza,
y contra un mástil rebota;
préndese de un aparejo,
la agonía lo incorpora,
mientras un griego en su pica
lo clava y lo echa en las ondas.

El bactriano
Tenagón, ya muerto, flota
cabe las verdes riberas
donde nútrense las ágiles palomas
de Afrodita. Arcteo, Aderves
y Fanurco, ya cayeron! . . . Sus vidriosas
pupilas opacas fijanse, en la catalepsia
del horror, clavadas en el alta bóveda.

* * *

La hecatombe! . . .

Matalo, de busto erguido, blanco diente, encías rojas,
ojos de filo de alfanje,
rizos que crespos se enroscan
en los lanajes de un negro
nido de víboras cortas;

Matalo, el jefe que impera sobre treinta mil caballos
oscuros como una noche, que en torrente se desbocan,
va con Carón en la barca de los enlutados remos!

La hecatombe!... Muerto Arabo!... De la copa,
bordes cárdenos y rotos, fluye el vino de la sangre
que la densa barba moja;
y en el postrimer letargo de la embriaguez postrimera,
duerme, con el ojo inmóvil y medio abierta la boca!

V Anfistreo, el de la lanza
tormentosa;
y Arioniarde,
y Tharyhis, jefe insigne, que una flota
comandaba, también muertos!...

Toda, toda
la falange, como espigas
cercenadas bajo el filo de implacable hoz!... ¡La rota!...

La huida que se despeña;
remos crujientes que chocan;
furias que impotentes muérdense;
trémulos miclos que imploran;
el látigo del espanto
que a los fúgidos azota;
y, en frente, de sol bañadas,
la inmensidad de las olas!...



-----◇-----

TERCERA PARTE

-----◇-----

PARTE TERCERA

ENVÍO

VI

Mundo!

Tu Salamina
te salvó de los cascos violadores!
Tu fuente sigue siempre cristalina,
y su cabeza el egipán reclina
regando ritmos en cojín de flores.

Salamina es tu escudo en el pasado!
Hacha que el poste del esclavo trunca,
verbo de redención ante el pecado;
el libro en el portal de la espelunca,
la espada de la luz entre el nublado!...

No fué la Grecia la del triunfo. Mundo,
tú fuiste el triunfador! En esa hora,
se combatía sobre el mar fecundo,
rojo de sangre y de esplendor de aurora,

por salvar la ascención de tus escalas!
Que en la lucha del Atica divina
se jugaban tus alas, y tus alas
trianfaron para siempre en Salamina!

VII

Hombre!

Tú no lo sabes; pero tú eres
el mundo. Sube o baja. En tí hay honduras
y cumbres. Coge el báculo, si quieres.
Te enseñaré a surcar tus amarguras.

Mejilla en mano, piensa, en tu desvelo,
que eres abismo y cielo a un tiempo mismo:
si un abismo florece en luz, es cielo;
y si un cielo se apaga, es un abismo.

¿No lo sabes?... En tí la fuente ondula
tras las marañas del breñal tupido;
y bajo las bellotas de la gula
sus ritmos riega el egipán dormido.

¿No lo sabes?... En tí nutje en las eras
el toro, filo en asta y vientre pleno;
y cabe las armónicas riberas
la bestia escarba con el casco el cieno.

Hombre! Caída esa fuente, lo primero!
En tus andrajós, bajo el sol del día,
va prendido un diamante, pordiosero!
Y sobre la inclemencia del sendero
llevas, humano, divina armonía!...

Cada vez que la nube, hombre, impelida
por malos vientos; mires a lo lejos:
en tanto que repose tu dormida
cabeza en jarcias de trirreñes viejos;

cuando en las inconciencias de tu sueño
pase un inquieto resplandor con alas,
y, señalando el horizonte leño
te diga: "¡Viene el toro!" Madre Palas

Hombre, apercíbete al combate! Crea
tu armadura inviolable, para el cuerno.
Pídele a Madre Palas Atenea
el escudo inmortal y el filo eterno! .

Y si ves que en tu yo, de monte en llano,
hacia tu fuente el toro se encamina,
despierta a to Temístocles, hermano,
y baz en tu propio sér tu Salamina.

Y tras el triunfo, diamantinas llaves
te abrirán el Olimpo de la Dea;
y ¡oh transfiguración!, si serlo sabes,
serás la misma Palas Atenea!

